LA MAYOR FUERZA DEL HOMBRE: EL PENSAMIENTO.

Carmelo Blanco Mayor

Hoy como ayer siguen insistentemente presentes en el silencio del corazón del hombre las tres preguntas kantianas: ¿Qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me cabe esperar?. Tres preguntas fundantes y fundamentales que explicitan como en un abanico abierto el diseño de la cuestión radical: ¿qué es el hombre?. Porque hoy más que nunca necesitamos pensar un modelo de hombre capaz de enfrentarse a los nuevos retos que ineludiblemente se le han de presentar desde las cambiantes formas de vida que se avecinan.

En el ámbito social que nos envuelve, dominado por la propaganda y teñido de no poca estupidez, puede parecer que la pregunta más acuciante es ¿cómo puedo ganar más? sin haber con frecuencia decidido de qué ganancia se trata ni qué merece la pena ganar. Sin embargo es lo que subyace a las formas de vida capitalista que impregnan nuestra sociedad. Pero no puede ser este el problema ni la mejor aportación que nuestra cultura ha logrado proponer a la humanidad doliente.

¿Qué ha aportado el hombre occidental a la humanidad?. ¿Adónde hemos llegado?. ¿Se ha desarticulado aquella primera y estrecha unión entre verdad y bien, entre conocimiento y felicidad, entre saber y ética?. ¿Qué le ha pasado al hombre occidental y qué le ha pasado a la razón humana -inicialmente "logos" y "nous"- para llegar a la estremecedora situación en que el hombre actual se descubre con horror a sí mismo?.

1.- La tarea de ser hombre

El primer momento que interesa subrayar dentro de la cultura occidental nos obliga a retrotraernos a los orígenes y nuestros orígenes están en Grecia. Momento auroral en que el hombre se descubre a sí mismo

El hombre entre otras muchas cosas posee la palabra[1], el "logos". Heráclito nos invita a reflexionar sobre la gran sorpresa que le acaece al hombre cuando descubre como su capacidad radical, más allá de la fuerza y de sus dotes o carencias biológicas, su poder de conocer, el poder de su palabra. El "logos", que es a la vez palabra y ley, es más fuerte que las murallas de la ciudad. ¿Por qué se pelean los hombres?, pregunta un niño. Y le responden: porque son tontos. Pero esta explicación no es suficiente. Una nueva respuesta viene a continuación: porque son malos. Ahí están los dos sentidos que Heráclito desvela en el "logos": la cohesión racional y también el atenerse a una norma que busca lo mejor. Heráclito advierte enseguida que la fortaleza del "logos" radica en la comunidad: es el "logos" común, no la palabra individual, el que garantiza la verdad y la convivencia en la ciudad y con la naturaleza.

Anaxágoras inventa otra palabra cargada de misterio: "nous". Se ha traducido por inteligencia y por razón. "Nous" es el sentido del hombre y del mundo. Sócrates alaba a Anaxágoras por este descubrimiento y le recrimina y lamenta porque, una vez descubierta, la deja caer en el abandono cuando explica el mundo.

En el transcurso del tiempo estas dos palabras "logos" y "nous" se van a ir cargando de matices y diferencias y de pátinas encubridoras.

Platón, hay que volver a leer a Platón, narra el mito de la caverna con el que intenta descubrir la perplejidad del hombre ante este misterio de su capacidad de conocer. El conocimiento es un proceso de liberación y descubrimiento. Un proceso al que el hombre puede renunciar, aunque ello signifique dejarse a sí mismo perdido en la servidumbre y en un mundo de sombras. Lo que al hombre le aparece de entrada son imágenes de fantasmagorías. Pero tiene el poder de ascender a partir de ellas en un largo y esforzado camino hasta la contemplación de la verdad y del bien que andan siempre e inseparablemente unidos. Es un largo y esforzado camino de "paideia" y de educación.

Aristóteles comienza su *meta ta physica* afirmando que el hombre por naturaleza es un deseo de conocimiento. Por naturaleza el hombre desea conocer. El conocer nace de la sorpresa y la admiración y aspira a la visión de la verdad que es la felicidad más alta que el hombre puede anhelar; una visión que es beatífica.

Es un momento clave de la historia del hombre occidental: el descubrimiento de esta poderosa capacidad que al hombre le ha sido dada de conocerse a sí mismo y de conocer el mundo. Una capacidad

[1]Siempre queda la sospecha de si no es la palabra la que posee al hombre y a través de él se expresa.

que le permite transformarse a sí mismo y construir su mundo. Este es el significado último de la invitación que aparece en el frontispicio del templo de Delfos: conócete a tí mismo. Pero esta invitación es una tarea que exige aprendizaje.

2.- El conocimiento como quehacer

"Nada que valga la pena puede ser enseñado" escribió Oscar Wilde. Kant invita a enseñar a filosofar, porque no se puede enseñar la filosofía. ¿Qué hacer entonces en esta tarea que nos preocupa?.

El quehacer del hombre ha de ser desde Sócrates una invitación y permanente persecución del diálogo. Pero el diálogo tiene sus internas exigencias. El diálogo se hace imposible sin un esfuerzo por el entendimiento y la comprensión. Lo que a su vez se abre en dos direcciones complementarias.

Entender lo que escuchamos: esfuerzo por entender al otro en tanto que otro y diferente; voluntad y esfuerzo por entender lo que dice el otro con el que dialogamos y al que reconocemos como interlocutor digno.

Más serio: entender lo que decimos cuando hablamos. Ponemos nuestra morada en el lenguaje, ponemos nuestra alma en las palabras y comenzamos a hablar. Pero a veces no acabamos de saber lo que decimos. El pueblo sabio acusa de necio al que no sabe lo que dice. Negra ironía cuando se insinúa "déjalo, no sabe lo que dice". ¿Cuándo acabamos de saber lo que decimos?. ¿Es posible saberlo del todo?. Hace falta pensar y reconocer el límite, reconocer nuestra personal ignorancia. Pensar antes de hablar que no es lo mismo que mantenerla y no enmendarla; que no es en absoluto pretender justificar lo ya dicho contra viento y marea.

Más serio todavía: entendernos a nosotros mismos y al mundo. Menuda tarea. Esa es la invitación de Sócrates retomada siglos más tarde por Hegel: "conócete a tí mismo". El conocimiento como forma de vida. ¿Parece poco como tarea para una vida?.

La fragmentación del saber en nuestros días es una trampa. Y sin embargo no podemos permitirnos el lujo de caer en ella; no podemos permitirnos el lujo de dejarnos caer en el escepticismo. El finisecularismo en que nos movemos parece ser una invitación a soluciones provisionales, a salir del paso. Y tal vez no le quede al hombre otra alternativa. Lo que no significa que debamos resignarnos. Aunque así fuere, hemos de mantener la tensión y la rebelión contra la solución escéptica que renuncia a la verdad inalcanzable. Contra viento y marea ha de ser, a pesar de todo, buscada.

3.- Educación en el pensar o la desesperación del pensamiento.

Schopenhauer diferencia con nitidez al filósofo del profesor de filosofía. Aquel produce y crea filosofía; el profesor se limita, y no es poco, a ser un hilo conductor o una correa de transmisión de un pensamiento ya creado. Él acusaba a Hegel de ser profesor de filosofía y se reservaba para sí el noble y digno papel de filósofo.

El problema para el educador en el pensar es la imposible fidelidad al genio creador; porque para ello debería ser él mismo también un genio. Y es tarea pretenciosa comprimir en un pequeño vaso la caudalosa riqueza incontenible de un pensamiento fecundo. Comprender a Platón y a Aristóteles, a Agustín de Hipona y a Tomás de Aquino, a Kant, Russell y Wittgenstein es ardua tarea, más aún tarea vana. Y no hablo de la incomunicación. Esta dificultad ha originado la Historia del Pensamiento y de la Ciencia. La fidelidad imposible es ya en sí misma una gruesa traición o una falsificación sostenida. ¿De verdad decía Aristóteles o Galileo lo que nosotros decimos que decía? Y, si lo decía, ¿es verdad que lo pensaba tal y como nosotros decimos que lo pensaba?. Lo más ridículo es que se exige y se pretende "explicarlos".

Insistía Schopenhauer en que la mejor manera de aproximarse al saber era leer directamente a los grandes pensadores. Y, por supuesto, huir de los profesores, de los grandes falsificadores. Él en su vida sólo tuvo un par de alumnos, mientras la clase de Hegel era un éxito de asistencia. Luego sus lectores han sido legión sobre todo entre los creadores de literatura: Thomas Mann, Borges, Baroja, y entre los filósofos Wittgenstein.

Pero los grandes pensadores no han escrito un manual académico que sirva para orientar los primeros pasos en esta iniciación al pensar; y si alguna vez lo hicieron sólo ofrecen su propio punto de vista, necesariamente parcial.

Así la historia del pensamiento aparece como un repertorio de problemas nucleares y fundamentales que han asaltado y no pocas veces angustiado al hombre La historia ha elaborado para estos interrogantes soluciones múltiples y aparentemente dispares tanto por el sistema de categorías en que se formulan como por la perspectiva sobre el hombre y el mundo desde la que cada pensador contempla tales problemas o, en palabras de Zubiri, por el horizonte que a cada época histórica se le ofrece.

No es tarea fácil presentar un trabajo sistemático, y no meramente histórico, sobre estos problemas si a la vez se pretende mantener el grado posible de imparcialidad. De hecho, las mejores introducciones a la filosofía en el s. XX, la de Russell y la de Jaspers, son más expresión

de su genialidad, empirista en uno y en el otro existencialista, que muestras de objetividad.

A una tarea en que se persiga el aprendizaje del pensar le acecha una nueva y grave tentación: la de presentar un catálogo de modos y modas filosóficas más o menos en boga y con éxito en los *media* en vez de un tratamiento lúcido y certero de los principales temas que han ocupado a la filosofía en los dos mil quinientos años de su andadura. Leibniz se atrevió a darle a esto el nombre de ***philosophia perennis***: una filosofía en la que Platón y Aristóteles, Russell y Kant y Heidegger dialogan apasionadamente con otros muchos espíritus excelentes.

Esta tentación de novedades y modas es más pregnante en nuestro tiempo que filisteamente considera lo nuevo, lo último como el único criterio de verdad y de valor, lo único que merece la pena. Vivimos en la obsesión de que lo mejor es lo último: el último modelo, el último producto de la tecnología, la última moda, la última tendencia. Así gastamos nuestro tiempo y nos desvivimos a la caza de novedades: la última novela, la última obra de teatro, la última película, el último libro impreso, la última canción, el poema novísimo. Lo efímero nos gana porque nosotros mismos somos efímeros y nos dejamos atrapar por la idea de que nuestro tiempo es todo el tiempo. Mas la vida fugitiva nos advierte con terquedad que lo último se agota en su ser precario y fugaz; las noticias del periódico de ayer ya no son ni siquiera noticias, salvo para el historiador.

En nuestros días el pseudovalor de lo efímero y la moda se ha aguzado por el modo de producción. Nada se hace ya para que dure. Y la propaganda está obligada a convencernos más que a informarnos. Nos engañan porque necesitan vender para subsistir y la única manera de vender es hacernos creer que debemos comprar, que necesitamos comprar para ser. No adquirimos lo que necesitamos, sino que nos fuerzan a desear y adquirir lo que el sistema necesita vender. Es el engaño de lo progresista llevado a la cultura; porque no sería excesivamente grave cuando se trata de la última lavadora, pero sí lo es cuando se trata de la última música, del arte último, del último pensamiento, léase el pensamiento débil. En la cultura de lo efímero lo bueno es lo nuevo. Por aquí se puede desvelar la falsa mitificación de lo joven, que nos oprime.

Otros tiempos pensaron que lo permanente, lo que no se arruina y desvanece es lo que merece la pena. Pero eran otros tiempos.

El pensamiento quiere ser, también hoy, la palabra sin tiempo y sin fecha a sabiendas de que toda palabra tiene fecha y tiempo; palabra de fundación que necesariamente se ha de ejercer desde la desintegración. Es el mito de Penélope que desteje en la noche y vuelve a tejer a la luz de la mañana una nueva trama sobre la urdimbre. Hoy como ayer el hombre poético, creador de sí mismo, es el verdadero hombre; es decir

aquello a lo que cada uno ha de aspirar. La nuda conciencia de la historia es conciencia de muerte y caducidad. La filosofía, el amor al saber quiere recuperar la palabra originaria en medio de la baraúnda de palabras pasajeras.

Zubiri confiesa que en la *Metafísica* de Aristóteles encontró una de las páginas que más le han impresionado, aquella en que escribe el viejo filósofo griego: "Nos ha sido entregado por los antiguos desde la más remota antigüedad en el esquema de una historia, de un mito, algo que ha sobrevivido a la posteridad, a saber: que las primeras substancias son dioses y que lo divino envuelve a toda la naturaleza. ... Creemos, a lo que parece, que las artes divinas y la filosofía han sido muchas veces encontradas y muchas veces perdidas... Estas opiniones, sin embargo, han flotado, como restos en el naufragio de la sabiduría antigua, hasta nuestros días" [2]. El pensamiento persigue la perennidad desde y en la finitud.

Necesariamente se presentará así un pensamiento seco y descarnado, sin excesivos ingredientes retóricos. Lo que se busca es elaborar en un lenguaje trivial y desaliñado juicios y razonamientos no triviales sobre el mundo, el hombre y Dios, y sobre el modo como el hombre se ha dado a sí mismo, en palabras de Kant, un cobijo más cálido y seguro para las noches de tormenta que la mísera cabaña de un vagabundo. Porque no es fácil asumir la invitación de Nietzsche a vivir sin techo y a la intemperie.[3]

4.- La unidad del saber: el saber y el amor a la sabiduría.

¿Qué es filosofía?, ¿qué es eso a lo que se llama "filosofía"?. No es fácil contestar a esta sencilla pregunta.

Digamos de entrada que es la única forma del saber que se cuestiona a sí misma. Que incluso se niega cuando se construye. Wittgenstein, antes Hume, dice que la filosofía es un conjunto de cuestiones sin sentido

---

[2] (Met., Λ 1074b y ss.).

[3]AJDUKIEWICZ, Kazimierz, *Introducción a la Filosofía*, madrid 1986, "Nota preliminar" de Manuel Garrido. En este libro se puede encontrar una revisión de los problemas más importantes incluidos tradicionalmente en la teoría del conocimiento y en la metafísica; la revisión de las soluciones a esos problemas, es decir la revisión de las tendencias filosóficas acerca de esos problemas y frecuentemente el proceso de pensamiento que condujo a esas opiniones; finalmente se da también el resumen de las polémicas sostenidas por los representantes de tendencias opuestas.

o de preguntas mal planteadas. Hume invita a quemar todos los libros que traten de esas cuestiones; más prudente y menos incendiario Wittgenstein solicita sólo el silencio sobre esos interrogantes de los que no se puede hablar. Son, escribe crípticamente, la imprescindible escalera que desechamos una vez que hemos subido sus peldaños.

Cualquier disciplina se despliega en un programa más o menos complejo, más o menos sencillo; y el profesor sabe lo que debe explicar a los alumnos acerca de ella. En filosofía de entrada no ocurre eso. Y no se trata de que la perplejidad brote del vértigo que producen las múltiples y dispares teorías filosóficas. La disparidad de teorías afecta también en estos tiempos de crisis a otras ciencias, incluso a las aparentemente más fijas y estables como la física y las matemáticas. Whitehead escribía: "Los principios básicos de la ciencia y de las matemáticas han sido puestos en cuarentena. No descartados, pero sí usados a modo de cláusulas condicionales en vez de premisas mayores. Y todo esto en el curso de una vida humana"[4]. El físico puede refugiarse en una determinada teoría o interpretación pero ha de reconocer que hay otras interpretaciones posibles. Cabría decir que estas perplejidades son más filosóficas que puramente físicas, pero eso llevaría agua a nuestro molino pues acepta que en el momento en que se introducen consideraciones filosóficas las mejores teorías hacen agua y van a la deriva.

La dificultad de dar una respuesta a esta sencilla pregunta radica en que la palabra "filosofía" ha tenido significados diversos a lo largo de la historia. Jamás tuvo un significado preciso e inequívoco que pudiera ser aceptado por todos.

El término "filosofía" se originó en la Grecia antigua. Su etimología encierra dos palabras: el verbo *fileo= amar* y el sustantivo *sophia=sabiduría, conocimiento, ciencia*. Para los griegos, "filosofía" era "amor a la sabiduría". Para ellos todas las investigaciones científicas eran "filosofía"[5]. La palabra "filosofía" ha venido teniendo el mismo significado que la palabra "ciencia", como ocurre todavía en algunas

---

[4].- *Dialogues of Alfred North Whitehead, as Recorded by Lucien Price* (Boston 1954, pag. 131 (15-XII-1939)

[5].- Desde el punto de vista del sujeto cabe tambien jugar con la distinción actual entre profesional y amateur. Es otra perspectiva no despreciable. Desde Tales la filosofía era una tarea desinteresada, la pura búsqueda de la verdad por sí misma; el saber por amor al saber. No cabe ser profesional de la filosofía. Es una contradicción *in términis*. Más aún, con Sócrates, comienza a ser una búsqueda arriesgada y comprometida, porque en ella se juega uno la cabeza. Los profesionales de la filosofía son *tout curt* unos fantasmas.

Universidades anglosajonas.

Con el paso del tiempo la multiplicación y especialización de los conocimientos provocó la ramificación de las ciencias, la fragmentación del saber. Es la preciosa imagen del árbol con un tronco común y fuertes brazos que se van diferenciando sin renegar de su origen. Cada una de las ciencias busca para sí un nombre propio que la desmarque del común nombre hogareño "filosofía" y un territorio propio que señale su tarea, su método y su campo de investigación específico y diferente de las otras ciencias. Medicina y astronomía primero, más tarde las matemáticas y las ciencias de la naturaleza, finalmente las ciencias sociales han construido su propio monumento del saber humano.

En el núcleo originario han retenido el nombre de "filosofía" ciertas investigaciones cultivadas a gran escala en el crepúsculo del pensamiento europeo; unas veces con la pretensión de ser un saber fundante de los otros saberes, Russell y Whitehead y su *Principia Mathematica*; en algunas ocasiones como investigaciones que trascienden el puro ámbito y objeto de la mera ciencia, *La historia del tiempo* de Hawking, *El azar y la necesidad* de Monod o las investigaciones sobre mecánica cuántica y el principio de incertidumbre de Heisenberg. Hasta no hace mucho la palabra "filosofía" pareció quedar reducida a un ramillete de disciplinas: lógica, teoría del conocimiento, metafísica, psicología, ética, estética y teodicea, que, a su vez, reclaman su propia definición . Luego aparecieron las "filosofía de" la historia, la ciencia, el lenguaje, el derecho, la religión al hilo de la crisis hegeliana de la fundamentación o la orteguiana de la clarificación.

Ortega escribía que la filosofía es un afán de superficialidad. Se trata de sacar a la superficie lo que yace en lo hondo. No es una tarea extraña, no pretende hablar de cosas extraordinarias, raras, ocultas; de eso dicen que se ocupan justamente las pseudociencias ocultas. Es algo mucho más próximo: quiere ayudar a ver lo obvio, lo que está ante los ojos, pero nos pasa desapercibido; pretende sólo, y no es poco, enseñar a ver con ojos sorprendidos. Pretende hacernos caer en la cuenta de aquello con lo que contamos y sujetar a crisis aquello que damos por supuesto. La claridad es la cortesía del filósofo, lo que no significa falta de rigor. Ciencia profunda de lo obvio y de lo superficial que se atreve a introducir su fino análisis para cuestionar lo más seguro en busca de nuevas síntesis.

5.- La busca de un nuevo horizonte.

Con sorpresa y horror hemos constatado que nuestro tiempo anda a la deriva por falta de ideales y valores. En la vorágine del todo vale

hemos olvidado que el hombre necesita una sólida vertebración de metas, objetivos y valores dignos de ser respetados y perseguidos: una sólida concepción del mundo y de sí mismo, de la vida y de la muerte.

La insufrible última moda ha sido la del llamado pensamiento débil que más bien era una renuncia al pensamiento. El cansancio de la razón, el fracaso de la razón ilustrada son tópicos que se alimentan del viejo sueño de una razón humana absoluta y todopoderosa. La aceptación de la finitud de la razón y la negación de todo dogmatismo no puede significar la renuncia a encender la única luz, por temblorosa que sea, de que dispone el hombre para orientarse en la vida. El refugio del llamado "pensamiento débil" orlado de fatuo decadentismo y de nimbos esteticistas se ha mostrado como el mejor campo de cultivo para los irracionalismos más groseros: la afirmación del "todo vale" puede ser rentable en estética pero es nefasta en ética y en política porque acaba por justificar de manera sibilina la ley del más fuerte y la explotación de los débiles.

El saber para el hombre, si todavía queda algo que convenga a este nombre, no puede renunciar a lo que desde Platón ha sido su alma: la abierta comunicación y el diálogo insistente entre escuelas dispares y discordantes. Los diálogos platónicos no son sólo una forma literaria, marcan la índole misma de este tipo de pensamiento que se ejerce en el desbrozante ensayo, en la temblorosa comunicación y en el diálogo abierto a la busca de la verdad en el saber y de la justicia en el vivir. La auténtica sabiduría aborrece el dogmatismo siempre cerrado y cutre.

Desde mayo del 68 alienta, al margen del romanticismo y del subjetivismo, la sospecha de que el pensamiento no puede conformarse con desgajarse en una multiplicidad inconexa de disciplinas académicas con todos los requilorios del caso; más allá de ese ámbito pacífico ha de ser un grito en el camino, el manifiesto de que algo en la sociedad presente no marcha y la advertencia de que nadie puede cruzarse de brazos ante esta irritante situación. El pensamiento como saber ha de ser la vertebración integral del hombre acerca de sí mismo y del mundo. Y si no se puede transformar el mundo, guardemos al menos el último y mínimo derecho a decir que no nos gusta, escribía Horkheimer. Hay que denunciar el cáncer de una sociedad en la que lo único que merece la pena es "situarse". Nosotros "los situados" también somos culpables.

En los años 70 pulularon las manifestaciones contra el academicismo. La negación del academicismo denuncia que carece de todo interés el trabajo filosófico en la academia y en las aulas. La solución que mentes privilegiadas han llevado a los planes de estudio ha sido genial: la supresión de la filosofía en la academia. Así han arrojado con el agua sucia a la criatura.

Pero no se trata de eso sino de aplicar la filosofía y su método de

análisis a la discusión y denuncia de los problemas sociales que aquejan al hombre contemporáneo, y no sólo con la cómoda o incómoda palabra sino también con la acción. La crítica social y política no es, desde Heráclito, Sócrates, Platón y Aristóteles, ajena a la filosofía.

Contra quienes proclaman, o dan por deseable, "la muerte de las ideologías" en nombre de la "realidad", de la "objetividad" y aún de la "razón" se ha rebelado la misma realidad; porque es verdad que una ideología puede ser un enmascaramiento, pero no es menos verdad que "la muerte de las ideologías" es ella misma una ideología y una ideología sospechosa. Hoy sufrimos una nefasta situación porque no sólo carecemos de ideología sino también de ideas y de ideales. En último término es la raíz de la pasividad y el nefasto conformismo que se adorna con el falso nombre de "pacifista": frente a tal pacifismo sólo queda la noble opción de ser pacíficos beligerantes por la justicia y la paz.

"Es precisa una concepción del mundo... Nos han convencido desde la llamada izquierda que lo óptimo es tener un buen salario, vacaciones de invierno y verano, dos coches, piso propio y unas prestaciones sociales para todos, y que así es como seremos felices... Todos, desde la falsa izquierda hasta los poderosos medios de comunicación al servicio del orden establecido, se han aliado para que el ser humano se desentienda de lo importante para preocuparse de lo menudo"[6]. Es el sueño de una aparente sociedad del bienestar que adormece al hombre contemporáneo.

Lo rabiosamente actual es una nueva situación en la que los cultivadores de las diversas tendencias filosóficas, marxistas, fenomenólogos, existencialistas, estructuralistas e incluso analíticos, han abandonado la adhesión dogmática a sus escuelas para subrayar el carácter crítico de la actividad filosófica. Lo que no significa reducir la filosofía a cuestiones prácticas. Sería un grosero reduccionismo, sobre todo si la práctica política llega a consistir en maniobras faccionales que además podrían estar al servicio de intereses nada santificantes. La filosofía es radicalmente "theoría" que no divorcia el pensamiento de la acción pero que tampoco es una mera codificación de prácticas políticas o de usos sociales. Ha de ser una reflexión crítica sobre estas prácticas y a menudo una protesta razonada contra ellas. Lo cual quiere decir que hay "buena" y "mala" política, como hay buena y mala filosofía política; y que no es tarea ajena a los filósofos usar técnicas racionales más o menos refinadas para distinguir cuidadosamente entre ambas.

La filosofía actual ha cobrado conciencia de que no puede sustraerse

[6] GOMEZ RUFO, Antonio, "*Aparcar la ideología*" en DIARIO 16 (julio-1996).

a los problemas más agudos de nuestra época; no es permisible desentenderse de problemas concretos que hoy se plantean respecto de la paz y la guerra, del individuo y del Estado, la legitimidad del poder, el uso y el abuso de la tecnología. Estos problemas concretos deben formularse también concretamente pero hay que atreverse con cuestiones de carácter más general: "¿Hay que aceptar la posibilidad de la miseria para ser libre?", "¿hay que renunciar a la libertad para vivir decorosamente?", "¿hay que adoptar métodos inquisitoriales para suprimir las inquisiciones?", "¿hay que manipular a los hombres para educarlos?". La respuesta es no, pero ha de estar bien razonada. Porque la razón, como "nous" e inteligencia, ya no sufre ser reducida, como ha ocurrido durante tanto tiempo, a pura razón instrumental.

No es posible abandonar el trabajo serio, claro, riguroso y preciso de pensar; lo que no se puede aceptar es abrir las puertas a la vaguedad y a la vagancia, a la arbitrariedad y a la grandilocuencia que suelen ser armas de las que se sirven las modas sospechosas. No se pueden descuidar los análisis lógicos, epistemológicos u ontológicos siempre que estos no se salgan de su cauce humanista para convertirse en hueras abstracciones y juegos de palabras. Llevar adelante esto con buen tino y, por añadidura, actuar congruentemente es empresa difícil pero nadie pretende o, cuando menos, no debiera pretender que pensar es una manera cómoda de matar deleitosamente el tiempo. Porque la mayor fuerza del hombre es el pensamiento.